

es el doctor de los grandes y del pueblo, á todos los que enseña todas las verdades de la salvacion. Como Jesucristo es el *santificador*, el *consolador* el *bienhechor* siempre y por todas partes. Sí, digo bien, ved al sacerdote, ministro y cooperador de Jesucristo para la gloria de Dios, para la salvacion de todos. Así como S. Pablo lo ha dicho de la piedad, el ministerio sacerdotal es útil para todo *pietas ad omnia utilis est.* (Timot. 4. 8].

¿Qué lengua humana podrá referir la dignidad del sacerdote, la grandeza del Sacerdote á los ojos de la fé?

Grande era el primer hombre que Dios estableció rey del universo; grande era Moises cuando con una sola palabra hizo que se abrieran las aguas del mar para salvar á todo un pueblo; grande fué Josué para que al imperio de su palabra, mandando al sol que se parara, aquel le obedeció; grandes son los reyes de la tierra que con sus ejércitos hacen temblar al mundo..... Pues bien, hay otro hombre mas grande todavía, un hombre que todos los dias manda que las puertas del cielo se abran, y aquellas obedecen á su voz; un hombre que dirigiéndose al Hijo del Eterno le dice: *desendad de vuestro trono y venid á residir entre nosotros*, y dócil á tal voz, baja el Verbo de Dios, el Omnipotente, aquel por quien todo ha sido hecho, y dejando la magnificencia de su gloria, viene sobre el altar á encarnar en las manos de este hombre. Este hom-

bre es el sacerdote, omnipotente para el cielo, omnipotente en la tierra en el *orden sobrenatural*. Que una alma sobre la tierra caiga en pecado y por tal motivo se halle sujeta á las cadenas del demonio, los ángeles no podrán rotar tales cadenas; que digo! María, la misma madre de Dios con su omnipotencia de ruego, podrá rogar por ella, pero no podrá librarla, no podrá absolverla de su crimen; mas el Sacerdote..... Ah! el Sacerdote le dice: *yo te absuelvo*, y sus cadenas se destrosan, caen sus ligaduras, el pecado se borra para siempre, aquella alma queda purificada.

¡Oh dignidad admirable del Sacerdote ecatólico! No me admiro pues ya oír al Señor de todo lo criado, dar al mundo este mandato: *Cuidado con mis unguentos, el que los toca, toca á las pupilas de mis ojos.* (Zac. 11, 8.] No me admiro ya de ver en el Concilio de Nicea al Señor del mundo, al emperador Constantino no querer ocupar más que el último lugar despues de los Sacerdotes, rehusando sentarse allí, sino es cuando ha obtenido el permiso de ellos. No me admiro ya de aquella sentencia tan memorable de S. Francisco de Asis: *Si yo encontrara juntos á un ángel y á un Sacerdote, doblaría la rodilla primero ante el Sacerdote, y despues ante el ángel.*

¿Qué profundo respeto deben inspirarnos todas estas consideraciones! Reconoscamos la dignidad y grandeza del Sacerdocio, en las *funciones augus-*

tas que él desempeña, en la *mision divina* que él ejerce, porque las ha recibido del cielo para continuar la obra de Jesucristo, trabajando por la gloria de Dios y por la salvacion de la humanidad.

Resulta de todo lo expuesto que la impiedad, clasificada con el nombre de libre-pensadores, hace muy mal, porque no tiene razon para perseguir, increpar, aborrecer y manchar con tantas suciedades al clero, como lo hace de tantas maneras, y sin intermision, ya por la prensa en sus folletos y periódicos, ya en la tribuna, ya en sus novelas, ya en sus clubs, ya en el teatro, y hasta en sus despachos y oficinas gubernamentales. Resulta de lo dicho que el Sacerdote á los ojos de la razon y de la fé, y aun á los del libre pensador, si fuera sincero y franco, merecerian respetos, estimacion, afecto y homenajes exteriores y cordiales, y una confianza filial; porque el Sacerdote es el hombre verdaderamente útil al mundo por sus *beneficios*, por sus *luces* y *conocimientos*, por su accion social eminentemente *conservadora*; es el hombre del pueblo, el hombre de Dios, mediador entre el cielo y la tierra, revestido de una dignidad sublime; y cuando lo veamos ceder á la debilidad, de que como hombre no está exento por llevarla en su humanidad, haciendo abstraccion de su falta personal, debemos siempre honrar su carácter sagrado. Con su santo hábito lleva un *título de nobleza* que le dá derecho

á filiarse entre los rangos mas elevados y entre todas las clases de la sociedad. Desgraciado el que ofende al representante de Jesucristo.....

Honor al que lo acoge con respeto.

Dichoso el pueblo que lo aclama, diciendo desde el fondo de su corazon: *Hosanna: Benedictus qui venit in nomine Domini.*

Para terminar, digamos con un verdadero filósofo: el sacerdote ha recibido en su consagracion un título de nobleza y de popularidad que debe hacerle lugar por doquiera con honor.

Un medio para ser feliz.

Existe en el mundo una preocupacion que, tan absurda como es, no ha dejado de pasar como una verdad incontestable á los ojos del mundo: se figura que la religion no tiene mas que cruces, privaciones y mortificaciones de todo género para todos aquellos que practican su moral y siguen sus preceptos, concluyendo de esta creencia en que viven, que para ser feliz en este mundo es necesario no ser religioso.

Todo lo contrario es la verdad.

En qué consiste la felicidad de esta vida? Al decir de esas mismas gentes del mundo, consiste en la salud, en la fortuna, en la estimacion pública, en las afecciones y encantos de la amistad, en los goces y dulzuras de la familia: pues bien, veamos en detalle si la reli-

gion priva al hombre de algunas de estas ventajas.

La salud? Cuáles son las causas naturales que debilitan y arruinan la salud? ¿No es, como lo confiesan todos, los excesos á los cuáles arrastra la sensualidad? Ved todo lo que tienen todos los que se entregan al exceso del vino y la comida. Un médico para conservar la salud de su cliente le prohíbe el exceso y le prescribe un régimen; la religion, por un motivo más noble y más importante, hace absolutamente lo mismo: nos prohíbe los excesos, nos prescribe un régimen saludable.

La fortuna? Cuáles son las causas que conducen ordinariamente al hombre honrado á la fortuna? Frecuentemente son la asiduidad en el trabajo, el orden, la economía; pues todas estas cosas nos prescribe la religion, no solamente para procurarnos una fortuna perecedera, que mil accidentes pueden arrebatarnosla, sino para asegurarnos la posesion del cielo y sus tesoros de que nadie podrá ya privarnos.

La estimacion pública? Para obtenerla no hay otro medio posible que ser virtuoso, porque el mundo estima la virtud, aunque no la practique siempre. Es necesario pues ser justo, franco, modesto, caritativo, bajo la pena de ser tratado por el mundo con un rigor inflexible. Pues todas estas virtudes son precisamente las que la religion nos recomienda mas, no solamente para merecer la aprobacion de los hombres, sino para merecer la aprobacion y los favores de Dios.

Los encantos de la amistad, las dulzuras de la familia? En qué consisten estas dulzuras sino en la union de los corazones? y esta union de los corazo-

nes, ¿qué otra cosa es que la caridad recomendada por la religion con tantas instancias, caridad que hace sobre la tierra á los verdaderos amigos, á los buenos padres, á los buenos hijos, á los buenos esposos, á los buenos ciudadanos, para hacerlos un dia á todos en el cielo los elegidos de Dios?

Probado queda pues que todo lo que la religion prescribe para merecer la felicidad del cielo, es necesario para procurar la felicidad de la tierra, la felicidad tal como el mundo la entiende y la desea.

Pero no es esto todo: la religion hace una cosa mucho más importante para nuestra felicidad temporal. Cuando los bienes de la tierra nos faltan por voluntad de Dios, ella se presenta luego para sostener nuestro valor, para consolarnos é impedirnos que nos entreguemos á la desesperacion.

“Cosa admirable, dice Montesquieu, la religion cristiana, que parece no tener por objeto mas que la felicidad eterna, la hace tambien sobre la tierra” Jesucristo lo habia dicho antes: “buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará por añadidura.” ¿Puede tenerse una promesa más clara, más positiva? Si queremos pues la felicidad de la vida futura, Dios nos la dará sin privarnos de la felicidad de la vida presente.

DEFUNCION.

El dia primero del corriente, falleció en Colima el Sr. Presb. D. Ignacio Ceballos, Sacristan mayor de Mascota.

R. I. P.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 3.

Guadalajara, Setiembre 8 de 1881.

NUM. 27.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

CARTA PASTORAL

DEL ILLMO. SR. ARZOBISPO DE GUADALAJARA, D. D. PEDRO LOZA, SOBRE EL JUBILEO SANTO EXTRAORDINARIO.

(Continúa)

“Entretanto, la experiencia de cada dia nos prueba que el contagio cunde más y más por el resto del cuerpo de la República Cristiana y se propaga á muchos. Los pueblos separados de la Iglesia caen todos los dias en miserias mayores; y donde una vez se ha extinguido ó debilitado la Fé Católica, queda abierta la puerta á la extravagancia de opiniones y á la sed de novedades. Despreciada, entre tanto, la suprema y nobilísima potestad de aquel que hace en la tierra las veces de Dios, es evidente que ningun freno queda á la autoidad de los hombres, que tenga fuerza bastante para contener

los espíritus indómitos de los rebeldes, ó reprimir en la multitud el ardiente deseo de loca libertad. Así es que, por estas causas, la sociedad civil, que ya ha sufrido grandes calamidades, está aterrorizada con la perspectiva de mayores peligros.

Por tanto, para que la Iglesia pueda resistir á los asaltos de sus enemigos y llevar á cabo su mision con provecho de todos, es menester que trabaje mucho y mucho se esfuerce. En este combate tan reñido como variado, en que se trata de la gloria divina y se lucha por la salvacion eterna de las almas, vano sería el valor, vanos los esfuerzos todos de los hombres, si no se les suministrasen auxilios celestes, acomodados á las circunstancias de los tiempos. Por esto en los peligros y aficciones del nombre cristiano, éste ha sido siempre el mejor refugio en medio de los trabajos y angustias: rogar á Dios con fervientes y multiplicadas oraciones que socorra á su Iglesia afligida y le dé valor para combatir y fuerza para alcanzar el triunfo. Nos, pues, siguiendo esta laudable cos-